ESTOY BIEN

J. J. Benítez

Planeta

ESTOY

BIEN

J. J. Benítez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© J. J. Benítez, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Recursos gráficos: Shutterstock

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado

Primera edición: marzo de 2014
Depósito legal: B. 3.030-2014
ISBN 978-84-08-12016-2
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

A Rafael Vite, a Blanca, a Lara, a Fernando Sierra,
a Virgilio Sánchez-Ocejo, a Rosa Paraíso
y al doctor Molina, que aliviaron la pesada
carga de la investigación

Lo sobrenatural, si ocurre dos veces, deja de ser aterrador.

JORGE LUIS BORGES

Las cosas no necesitan ser explicadas. Se requiere, tan sólo, que sean verdaderas.

ISAAC NEWTON

Es el nacimiento lo que constituye el sueño y el olvido, pues el alma, al nacer en un cuerpo, pasa de un estado de gran conciencia a otro mucho menos consciente y olvida las verdades que sabía en su estado anterior... Por tanto, la muerte es despertar y recuerdo.

PLATÓN

La realidad total no puede terminar donde termina la realidad que experimentamos. El alcance del mundo real debe sobrepasar, en proporciones inimaginables, tanto cuantitativamente como cualitativamente, el horizonte del conocimiento del que ahora disponemos en nuestro actual nivel de desarrollo.

HOIMAR VON DITFURTH

Cuando llegue tu hora, mis ángeles resucitadores te despertarán en un mundo que ni siquiera puedes intuir...

Saidan. Caballo de Troya 3

Palabras de Jesús de Nazaret a Lázaro: «Hijo mío, lo que te ha sucedido, ocurrirá igual a todos los seres humanos, pero despertarán bajo una forma más gloriosa.»

Tras la muerte nos espera un largo recorrido.

Hermón. Caballo de Troya 6

Te levantarás de la muerte como si la vida hubiera sido un sueño. Te despertarás de un sueño para regresar a la realidad... La vida, la auténtica, empieza antes de la vida y continúa después de la vida.

Caná. Caballo de Troya 9

Inicié las investigaciones para el presente libro en el lejano 1968, aparentemente por casualidad. Fueron pesquisas anteriores, incluso, a las llevadas a cabo sobre el fenómeno ovni. No supe por qué lo hacía. Supongo que me llamó la atención. Ahora sé por qué lo hice y por qué he trabajado en ello durante cuarenta y seis años, y en silencio. Nada es casual. Nada es lo que parece...

No pretendo demostrar nada. Los casos aquí expuestos hablan por sí mismos.

Entiendo, eso sí, que la presente información puede rebajar el miedo a la muerte y elevar la esperanza.

Cada suceso es una aproximación a la verdad. No hay palabras para describir lo indescriptible. Nos movemos en cuatro dimensiones y los hechos aquí narrados pertenecen a planos desconocidos, más allá del espacio y del tiempo.

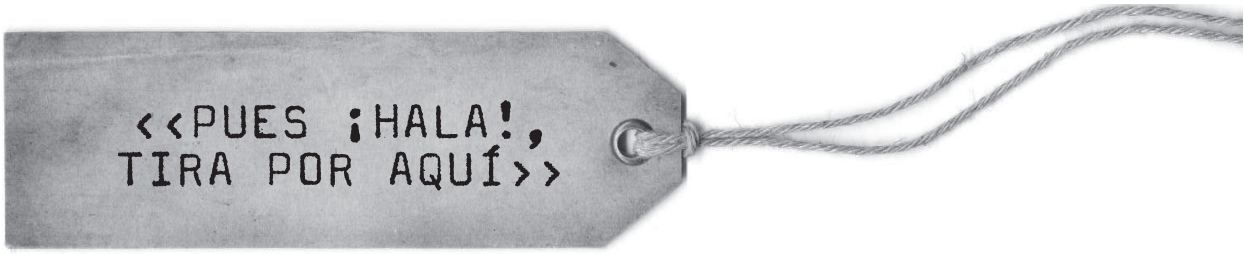
Fui católico, en mi juventud. Hoy sólo practico la religión del arte. Renuncié a la iglesia católica en 2005. Éste no es un libro religioso.

Soy universitario, licenciado en Periodismo por la prestigiosa Universidad de Navarra (España). He publicado cincuenta y seis libros. Éste, sin duda, es uno de los más delicados y trascendentes.

Agradezco la confianza que han depositado en mí los testigos. Por respeto a la intimidad, y por razones de seguridad, algunos nombres, fechas y emplazamientos han sido modificados.

Las experiencias seleccionadas para *Estoy bien* fueron vividas por mujeres y hombres de diferentes clases sociales, edades, creencias religiosas y niveles culturales. Todos tienen algo en común: no mienten.

Ab-bā, 1 de enero de 2013



Conocí a Miguel París en 1968, en Zaragoza (España), cuando me incorporé a la redacción del diario *El Heraldo de Aragón*. Miguel era periodista —un gran profesional— y mejor persona. Hablaba únicamente cuando era necesario. Recuerdo que me infundía un gran respeto. En su mirada se adivinaba mucho sufrimiento.

En cierta ocasión, en una de las largas esperas a las que obliga el periodismo, Miguel me confió algo que, sin duda, cambió la forma de concebir la vida. No sé por qué lo hizo. Quedé desconcertado. Le creí desde el primer instante. Miguel no era hombre dado a fantasías. Después, con el paso de los años, tuve el placer de disfrutar de su amistad. Me contó muchas veces lo que le había sucedido en Rusia. Jamás modificó la versión original.

Miguel París participó como voluntario en la División Azul y luchó valientemente contra el comunismo de Stalin.

Fue condecorado con el Distintivo Individual Especial de Destrucción de Tanques (condecoración alemana).

Pues bien, en síntesis, esto fue lo narrado por el periodista:

—Salimos de España en julio de 1941. Yo tenía veinte años. Permanecimos dos meses y algo en Grah Enver, en una escuela de instrucción alemana. Allí aprendimos el manejo de las armas. Finalmente nos trasladaron al frente de batalla, en Novgorod, al este de Luga y cerca del río Voljov. Me asignaron a la tercera compañía de Zapadores de Asalto.

Para Miguel no era fácil recordar aquellos momentos.

Capitanía General de Zaragoza (12 de noviembre de 1943). Miguel París fue condecorado por el general Cremades. (Gentileza de la familia de M. París.)

—Entramos en fuego el 12 de octubre de ese mismo año (1941), día del Pilar.

Y el periodista fue directamente al misterioso suceso:

—Recuerdo muy bien la fecha. Era el 18 de enero de 1942, víspera de mi cumpleaños. Nos encontrábamos en una zona que llamábamos los blocaos de El Alcázar.[1] Eran fortificaciones en mitad de la nada. En esos momentos, la gran llanura en la que se hallaban los blocaos era nieve y hielo. Y me encomendaron una misión: tenía que transportar varios paque-

1. Blocao: del alemán *blockhaus* (casa de troncos). Se trata de fortificaciones de pequeñas dimensiones, fáciles de transportar, que albergan grupos reducidos de tropas.

tes de fulminantes desde el puesto de mando, en Novgorod, hasta el blocao del teniente Garrido, de la segunda sección.

La memoria de Miguel era prodigiosa. Lo recordaba todo.

—Y salí, en solitario. Pero, al poco, mientras caminaba, se desató una fuerte ventisca.

—¿Para qué eran los fulminantes?

—Para los paquetes de trilita. Eran explosivos con los que se practicaban trincheras.

Miguel prosiguió.

—Empecé a tener problemas. La ventisca era cada vez más violenta... Y, en eso, los rusos empezaron a bombardear la zona.

»Fue todo muy rápido.

»Una granada estalló cerca y me hirió en la cara. La metralla y el hielo me dejaron casi sin visión.

»Continué caminando por la nieve, pero sin rumbo. Tro-

Francisco Bacaicoa de Marcos.

Francisco Bacaicoa de Marcos: ¡Presente!

El camarada Francisco Bacaicoa de Marcos, de treinta y un años de edad, agente de Información e Investigación de F. E. T. y de las J. O. N. S., de Zaragoza, ha caído en Rusia. Antes de la iniciación del Alzamiento en Fuenmayor (Logroño), su pueblo natal, se distingue por su actuación contraria al Frente Popular. En las elecciones de febrero de 1936 es interventor representante de las candidaturas antimarxistas y colabora intensamente con gran entusiasmo con F. E. T. y de las J. O. N. S. El día 18 de julio del mismo año se encuadra en las milicias y, en septiembre marcha con su unidad a la línea de fuego del Alto de los Leones, donde, en unión de un pequeño grupo de camaradas, resiste durante ocho días un terrible asedio del enemigo hasta alcanzar la victoria. Por orden superior es destinado al Servicio de Información e Investigación de Zaragoza, donde permanece en el desempeño de su cargo durante algún tiempo. Nuevamente va al frente para combatir en los sectores de Levante y Cataluña hasta la terminación de la campaña, en cuya fecha reingresa en su antiguo puesto como agente efectivo. Más tarde es ascendido a jefe de grupo y recibe varias felicitaciones por su competencia e importantes servicios realizados. Su profunda religiosidad le señala el recto camino de su vida, que sigue sin titubeos en ofrenda permanente a la Patria de su brazo y de su aliento. Soldado voluntario de la División Azul, rinde hoy, en última batalla ganada para la gloria de España, el duro tributo de su cuerpo.

Camarada Francisco Bacaicoa de Marcos: ¡Presente!

Diario *ABC* (página 11) (4 de febrero de 1942).

Novgorod: lugar en el que falleció Francisco Bacaicoa y en el que se presentó, después de muerto, a Miguel París.

pezaba y caía. Los rusos seguían atacando. La ventisca me impedía el avance. Me arrastré, como pude. Empecé a sentir miedo. Estaba desorientado. Podía morir. Tenía que salir de allí...

»No sé cuánto se alargó aquella situación. Me pareció una eternidad...

»Caminé y caminé y, de pronto, cuando me hallaba perdido, escuché una voz. Alguien me llamaba por mi nombre: ¡Miguel, Miguel!

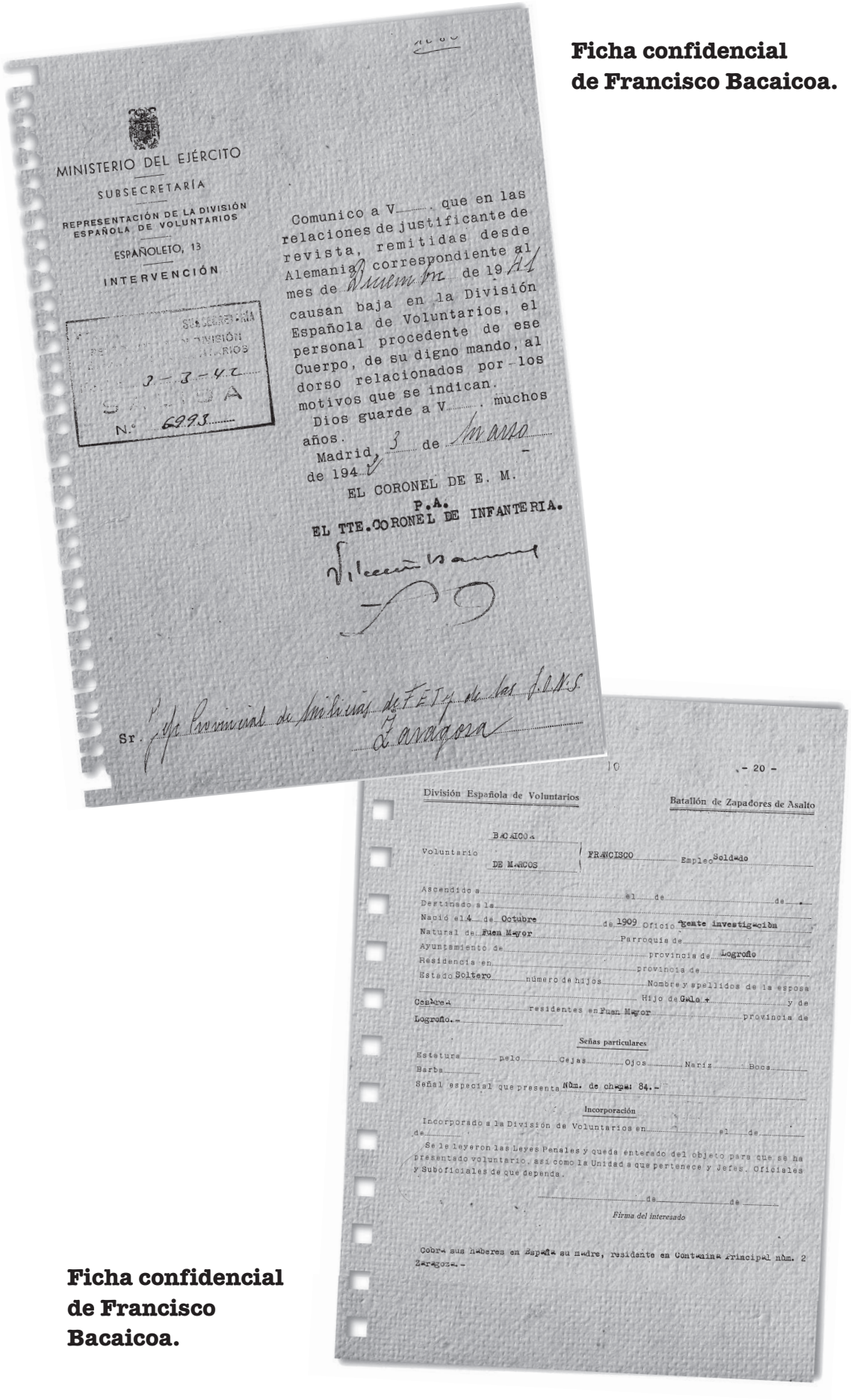
»Entonces lo vi. Era Paco Bacaicoa, un compañero de la segunda compañía de Zapadores.

»Y se produjo el siguiente diálogo:

»—¿Adónde vas? —preguntó Bacaicoa.

»—Al blocao —replicó Miguel.

»—Pues ¡hala!, tira por aquí...



MINISTERIO DEL EJÉRCITO

SUBSECRETARÍA

REPRESENTACIÓN DE LA DIVISIÓN ESPAÑOLA DE VOLUNTARIOS

ESPAÑOLETO, 13

INTERVENCIÓN

Comunico a V..... que en las relaciones de justificante de revista, remitidas desde Alemania correspondiente al mes de Diciembre de 19 41 causan baja en la División Española de Voluntarios, el personal procedente de ese Cuerpo, de su digno mando, al dorso relacionados por los motivos que se indican.

Dios guarde a V..... muchos años.

Madrid, 3 de Marzo de 194 2

EL CORONEL DE E. M.

P.A.

EL TTE. CORONEL DE INFANTERIA.

Sr. Jefe Provincial de Milicias de F.E.T. y de las J.O.N.S. Zaragoza

- 20 -

División Española de Voluntarios — Batallón de Zapadores de Asalto

Voluntario BACAICOA DE MARCOS — FRANCISCO — Empleo Soldado

Ascendido a ..... el ..... de ..... de .....

Destinado a la .....

Nació el 4 de Octubre de 1909 Oficio Peate investigación

Natural de Fuen Mayor Parroquia de .....

Ayuntamiento de ..... provincia de Logroño

Residencia en ..... provincia de .....

Estado Soltero número de hijos ..... Nombre y apellidos de la esposa .....

Cabeza ..... Hijo de Gelo + y de .....

Logroño. residentes en Fuen Mayor provincia de .....

Señas particulares

Estatura ..... pelo ..... Cejas ..... Ojos ..... Nariz ..... Boca .....

Barba .....

Señal especial que presenta Núm. de cha.as: 84.-

Incorporación

Incorporado a la División de Voluntarios en ..... el ..... de .....

de .....

Se le leyeron las Leyes Penales y quedó enterado del objeto para que se ha presentado voluntario, así como la Unidad a que pertenece y Jefes, Oficiales y Suboficiales de que dependa.

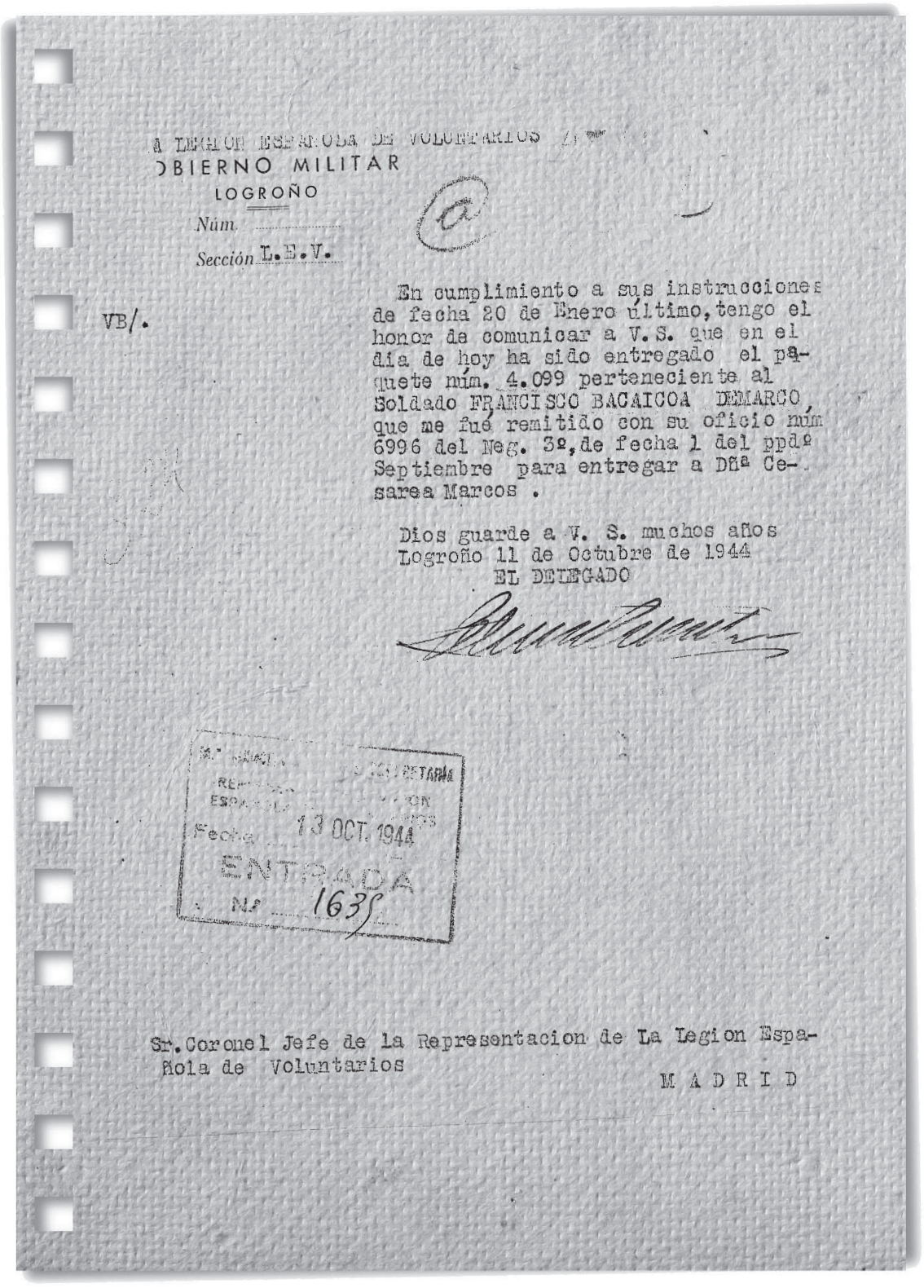
..... de ..... de .....

Firma del interesado

Cobrará sus haberes en España su madre, residente en Contamina Principal núm. 2 Zaragoza.-

Ficha confidencial de Francisco Bacaicoa.

Ficha confidencial de Francisco Bacaicoa.



A LEGION ESPAÑOLA DE VOLUNTARIOS
OBIERNO MILITAR
LOGROÑO
Núm.
Sección L.E.V.

VB/.

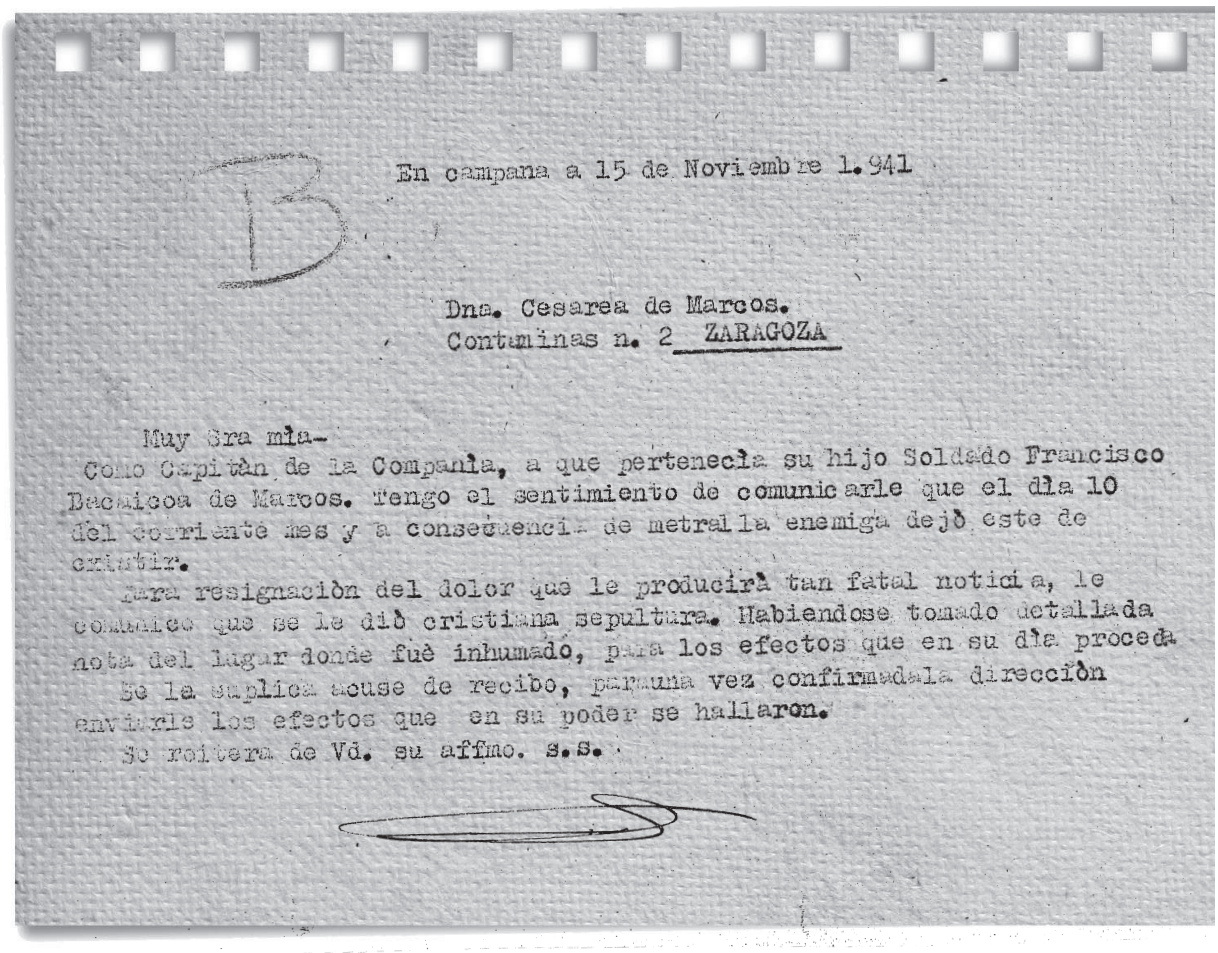
En cumplimiento a sus instrucciones de fecha 20 de Enero último, tengo el honor de comunicar a V.S. que en el día de hoy ha sido entregado el paquete núm. 4.099 perteneciente al Soldado FRANCISCO BACAICOA DEMARCO, que me fué remitido con su oficio núm 6996 del Neg. 3º, de fecha 1 del ppdº Septiembre para entregar a Dñª Cesarea Marcos.

Dios guarde a V. S. muchos años
Logroño 11 de Octubre de 1944
EL DELEGADO

Fecha 13 OCT. 1944
ENTRADA
Nº 1635

Sr. Coronel Jefe de la Representacion de La Legion Española de Voluntarios
MADRID

El paquete, con las pertenencias de Bacaicoa, necesitó tres años para llegar a manos de la familia, en Fuenmayor. Sin comentarios.



En campana a 15 de Noviembre 1.941

Dna. Cesarea de Marcos.
Contamina n. 2 ZARAGOZA

Muy Sra mia-
Como Capitàn de la Compañia, a que pertenecia su hijo Soldado Francisco Bacaicoa de Marcos. Tengo el sentimiento de comunicarle que el dia 10 del corriente mes y a consecuencia de metralla enemiga dejò este de existir.
Para resignaciòn del dolor que le producirà tan fatal noticia, le comunico que se le diò cristiana sepultura. Habiendose tomado detallada nota del lugar donde fuè inhumado, para los efectos que en su dia proceda.
Se la suplica acuse de recibo, para una vez confirmada la direcciòn enviarle los efectos que en su poder se hallaron.
Se reitera de Vd. su affmo. s.s.

Comunicación a la familia.

»Y continuamos —prosiguió Miguel—. Yo detrás de él.

»Al cabo de un rato se detuvo, indicó el blocao al que me dirigía, y se despidió:

»—Yo continúo...

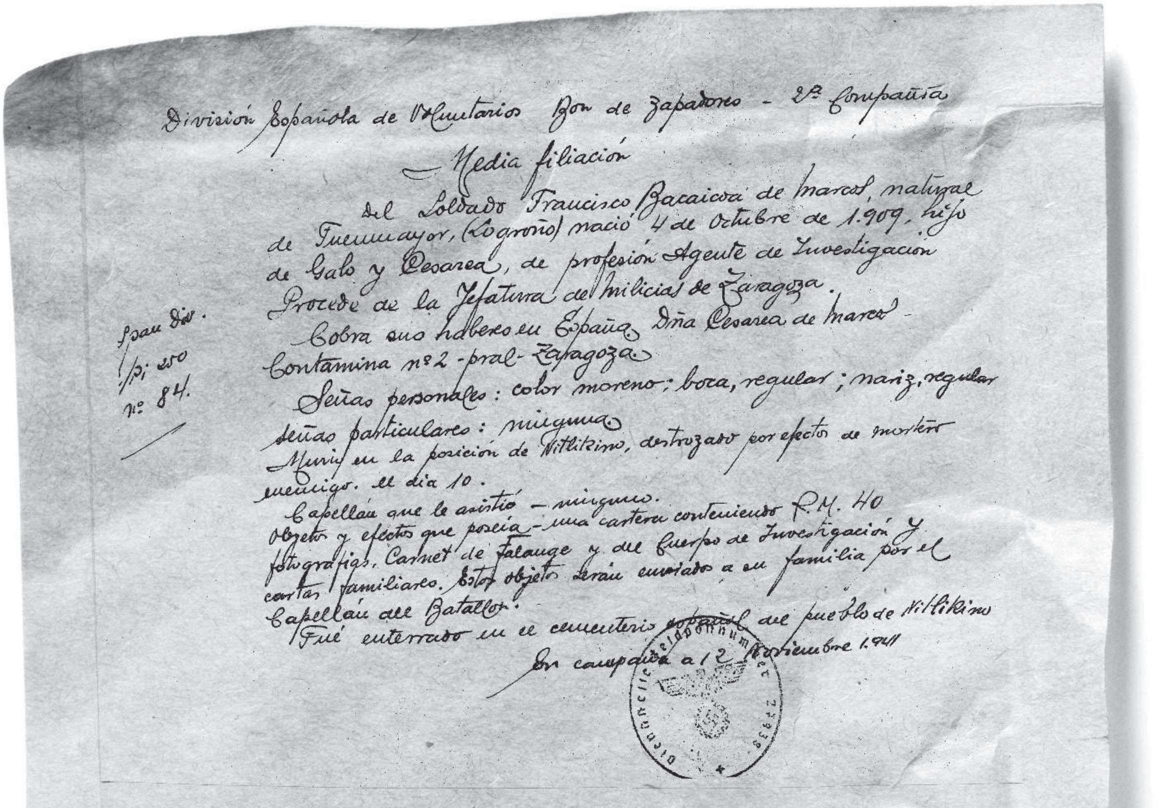
»Fue así como alcancé el blocao del teniente Garrido. Facilité la contraseña y me atendieron.

—¿Y qué fue de Bacaicoa?

—No lo sé. Como te digo, se despidió, y lo perdí de vista.

A decir verdad, en esos momentos, Miguel París no le concedió demasiada importancia al asunto. Bacaicoa le había salvado la vida pero, inmerso en la guerra, el joven Miguel no se preocupó del suceso. Fue dos meses más tarde, en marzo de 1942, cuando tuvo conciencia de lo sucedido realmente.

—Fui herido de nuevo —explicó París— y me trasladaron


División Española de Voluntarios Bon de Zapadores - 2ª Compañía

Media filiación

del Soldado Francisco Bacaicoa de Marcos, natural de Fuenmayor, (Logroño) nació 4 de Octubre de 1.909, hijo de Galo y Cesarea, de profesión Agente de Investigación

Procede de la Jefatura de Milicias de Zaragoza.

Cobra sus haberes en España Dña Cesarea de Marcos - Contamina nº 2 - pral - Zaragoza

Señas personales: color moreno; boca, regular; nariz, regular

Señas particulares: ninguna

Murió en la posición de Nitlikino, destrozado por efectos de mortero enemigo. el día 10.

Capellán que le asistió - ninguno.

Objetos y efectos que poseía - una cartera conteniendo R.M. 40 fotografías, Carnet de Falange y del Cuerpo de Investigación y cartas familiares. Estos objetos serán enviados a su familia por el Capellán del Batallón.

Fué enterrado en el cementerio español del pueblo de Nitlikino

En campaña a 12 Noviembre 1.941

Span Div.
F/p: 250
nº 84.

Comunicación de la muerte de Bacaicoa, a los dos días de su fallecimiento.

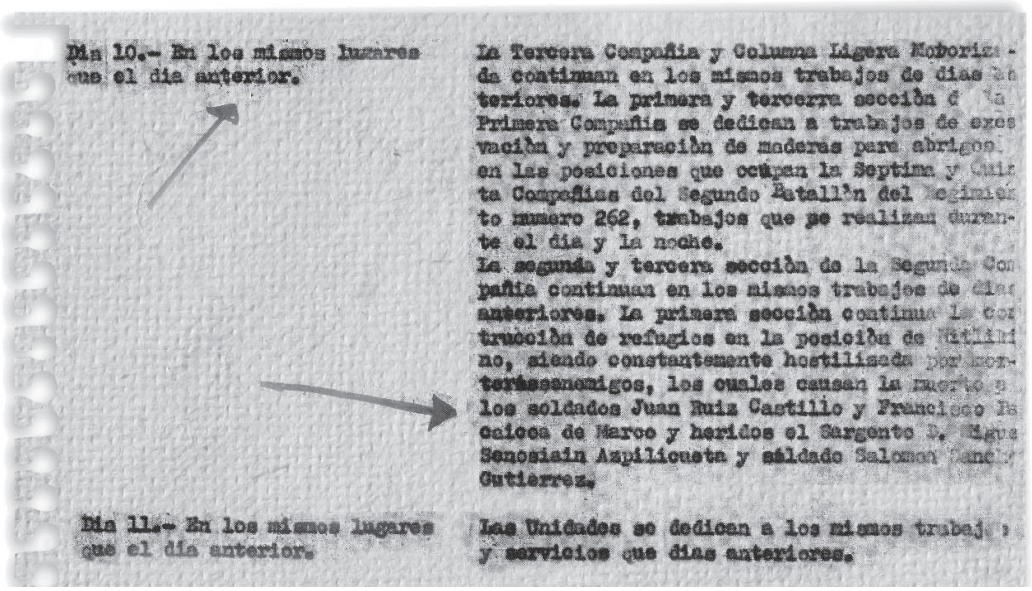
al hospital de Grigorov. Fue una herida «pasajera». Así llamábamos a las que no tenían gravedad... Pues bien, conversando con los compañeros, recibí la noticia de la muerte de Bacaicoa. Me quedé de piedra: ¡había fallecido el 10 de noviembre de 1941! Lo mató un mortero cuando se encontraba en un nido de ametralladoras, en Nilitkino, cerca de los cuarteles de Dubrovka. Era una cabeza de puente sobre el río Voljov.

Hice cuentas.

Entre el 10 de noviembre y el 18 de enero habían transcurrido 69 días...

—¿Estás seguro de que Francisco Bacaicoa falleció?

—Por completo. Posteriormente visité el cementerio en el que fue sepultado. Con él falleció otro compañero, Durán, también destrozado por el mortero. El lugar se llamaba «La Casa del Señor».



Dia 10.- En los mismos luzares que el dia anterior.

La Tercera Compañia y Columna Ligera Motoriz - da continuan en los mismos trabajos de dias a teriores. La primera y tercerra seccion d la Primera Compañia se dedican a trabajos de exca vacion y preparacion de maderas para abrigos en las posiciones que ocupan la Septima y Quin ta Compañias del Segundo Batallon del Regimien to numero 262, trabajos que se realizan durante el dia y la noche.
La segunda y tercera seccion de la Segunda Com pañia continuan en los mismos trabajos de dias anteriores. La primera seccion continua la cor truccion de refugios en la posicion de Matilli no, siendo constantemente hostilizada por mor terosenemigos, los cuales causan la muerte a los soldados Juan Ruiz Castillo y Francisco Ba caicoa de Marco y heridos el Sargento D. Igna Senosiain Azpilicueta y saldado Salomon Sanch Gutierrez.

Dia 11.- En los mismos lugares que el dia anterior.

Las Unidades se dedican a los mismos trabaj y servicios que dias anteriores.

«Relación de acontecimientos (de importancia)», según el *Diario de Operaciones*. El día 10 de noviembre de 1941 se da cuenta de la muerte de Francisco Bacaicoa. (Gentileza del Archivo Histórico Militar.)

Según explicó París, Bacaicoa y él hicieron toda la campaña juntos. Se conocían bien. Bacaicoa nació en Fuenmayor (La Rioja), aunque residía en Zaragoza. Estuvieron juntos en la escuela de adiestramiento, en Alemania. No había duda. Y Miguel describió, una vez más, el uniforme que presentaba Bacaicoa en la tarde del 18 de enero de 1942: botas, polainas, abrigo, una manta, casco y una metralleta.

—¿Cuál era el emplazamiento habitual de Bacaicoa?

—Lejos: a cosa de ocho kilómetros del lugar en el que me salió al paso.

—¿Estaba destinado al blocao al que llegaste?

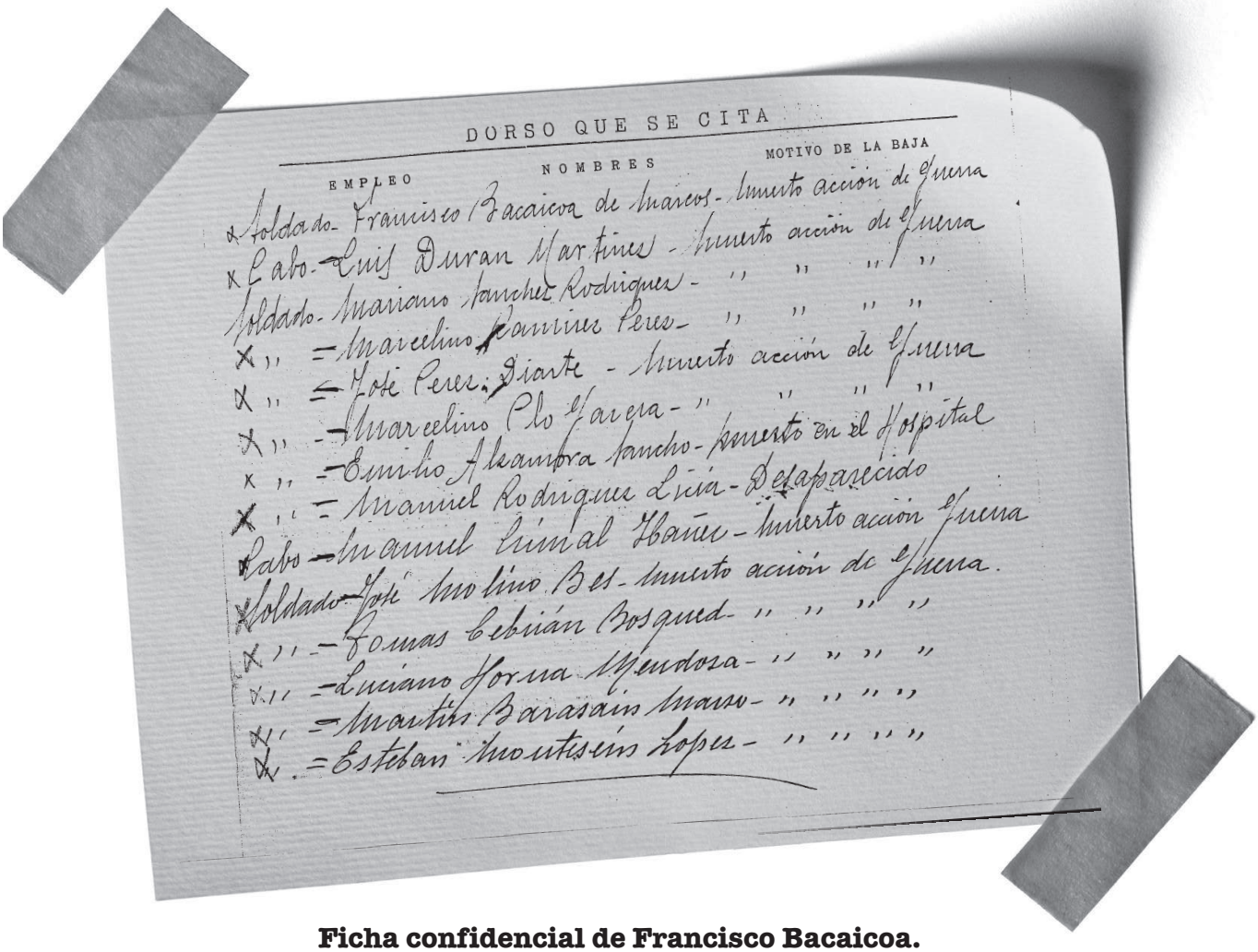
—No.

En otras palabras: Bacaicoa, de haber estado vivo, no debería hallarse en esa posición.

—¿Le tocaste?

—No, en ningún momento. Él se limitó a guiarme.

—¿Qué habría sucedido de no haberse presentado Bacaicoa?


DORSO QUE SE CITA

EMPLEO	NOMBRES	MOTIVO DE LA BAJA
Soldado	Francisco Bacaicoa de Marcos	Muerto acción de guerra
Cabo	Luis Duran Martinez	Muerto acción de guerra
Soldado	Mariano Sanchez Rodriguez	" " " "
"	Marcelino Ramirez Perez	" " " "
"	Jose Perez Diarte	Muerto acción de guerra
"	Marcelino Plo Yarega	" " " "
"	Emilio Alcampra Sancho	Muerto en el Hospital
"	Manuel Rodriguez Livia	Desaparecido
Cabo	Manuel Liminal Ybañez	Muerto acción guerra
Soldado	Jose Molino Bes	Muerto acción de guerra.
"	Tomas Cebrian Bosque	" " " "
"	Luciano Forna Mendoza	" " " "
"	Martin Barasain Marco	" " " "
"	Esteban Montesinos Lopez	" " " "

Ficha confidencial de Francisco Bacaicoa.

—Lo más probable es que hubiera muerto congelado (las temperaturas eran de cincuenta y pico grados bajo cero) o que los rusos me hubieran rematado.

Insistí:

—¿Pudo tratarse de un error por tu parte?

—No. Sé que era Paco Bacaicoa. Nos visitábamos con frecuencia. Era su voz. Era él...

—Pero llevaba muerto más de dos meses...

—Lo sé, y ése es el misterio. Como te digo, yo visité su tumba en el cementerio de Grigorov. Cuando me salió al paso estaba muy cerca. Traía la misma dirección. No hubo error.

—Dices que caminaba delante de ti...

—Así fue.

—¿Dejaba huellas en la nieve?

—Sí, y muy profundas. Exactamente igual que yo.

Según los documentos existentes en el Servicio Histórico

Militar (División Azul: legajo 34, carpeta 1, armario 28), Francisco Bacaicoa de Marcos murió el 10 de noviembre de 1941. Junto a él falleció Juan Ruiz Castillo y resultaron heridos el sargento Miguel Senosiain Azpilicueta y el soldado Salomón Sánchez Gutiérrez. Bacaicoa tenía treinta y dos años de edad.

En 1943, Miguel París regresó a Zaragoza. Allí se dedicó a la fotografía y al periodismo.

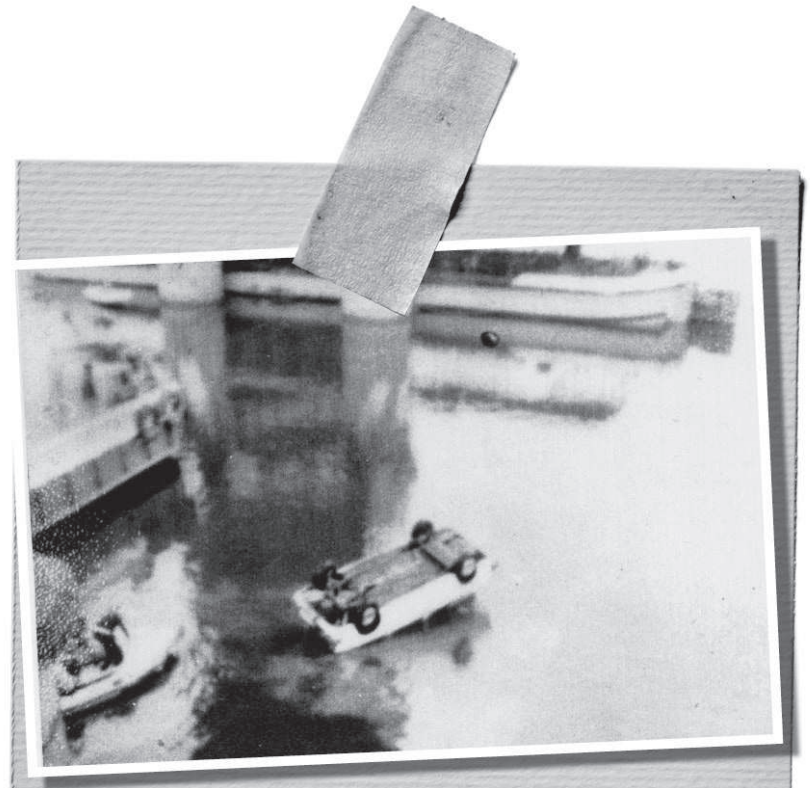
Aquel lunes, 22 de diciembre de 2003, a eso de las 13 horas, algo me impulsó a cambiar de planes. Seguí la intuición.

Me dirigía de Cádiz a Sevilla (España), con el fin de proseguir algunas de las investigaciones habituales. Pues bien, como digo, «algo» me obligó a salir de la autopista. Poco después me hallaba frente al hospital de Valme, al sur de la mencionada ciudad de Sevilla.

En esos momentos llevaba entre manos un caso tan espectacular como laborioso,[1] y decidí probar fortuna. Los médicos y enfermeras de aquel hospital tenían que saber algo al respecto.

Y sigo leyendo en el cuaderno de campo: «... Busco en la ter-

1. Según mis noticias, años atrás, una vecina del pueblo de Alcalá de Guadaíra, en Sevilla, había protagonizado un suceso intrigante. Al parecer fue trasladada al referido hospital de Valme cuando estaba a punto de dar a luz. Por razones que desconocía en esos instantes, la mujer permaneció en un pasillo (recostada en una camilla), a la espera de que la llevaran a los paritorios. Pero el parto se adelantó. En esos críticos momentos se presentó un médico y ayudó a la mujer a dar a luz. En la bata se leía su nombre: López de la Manzanara. Y el médico desapareció. Pues bien, lo desconcertante es que dicho doctor había muerto tiempo atrás, como consecuencia de un accidente de tráfico. A pesar de mis esfuerzos, no había logrado dar con la mujer en cuestión. La señora no deseaba hablar del asunto. Y lo intenté, como digo, con el personal del centro sanitario. Alguien tenía que saber algo, suponiendo que el caso fuera real.



El vehículo en el que viajaba el doctor Rafael López de la Manzanara, en el momento de ser rescatado de las aguas en el río Guadalquivir. (Foto: Ángel Doblado.)

cera planta del hospital (Maternidad)... Pregunto y pregunto. Médicos, enfermeras y supervisores conocían al doctor De la Manzanara, pero no saben nada sobre el asunto del parto... Mala suerte...

»Alguien me sugiere que hable con Isabel Pavón, supervisora.

»La localizo y le explico... Me deja hablar... Niega con la cabeza... Tampoco sabe nada de esa historia, pero sí de otra, no menos intrigante. Me cuenta y me proporciona pelos y señales...»

Fue así como inicié la investigación del caso del «ascensor de Valme».

Días después regresé al hospital y, merced a la mediación

de Gemma Núñez y de la citada Isabel Pavón, tuve acceso finalmente al protagonista del suceso: un supervisor al que llamaré FM.

Los hechos se registraron de la siguiente manera:

En el otoño de 1988, FM se ausentó del hospital para participar en un curso, en la ciudad de Granada (España). Allí permaneció hasta julio de 1989. Después retornó a Valme y reanudó sus tareas como supervisor de planta.

Y llegó el invierno de 1990. FM no recordaba la fecha exacta.

—Ese día me tocó turno de noche... A eso de las once bajó una de las auxiliares de Maternidad y me pidió una pastilla. Hablamos un momento. Comentó que hacía el turno con otra compañera. No recuerdo el nombre...

»Y a eso de la una de la madrugada decidí hacer un alto en el trabajo y subir a la sexta. Necesitaba tabaco...

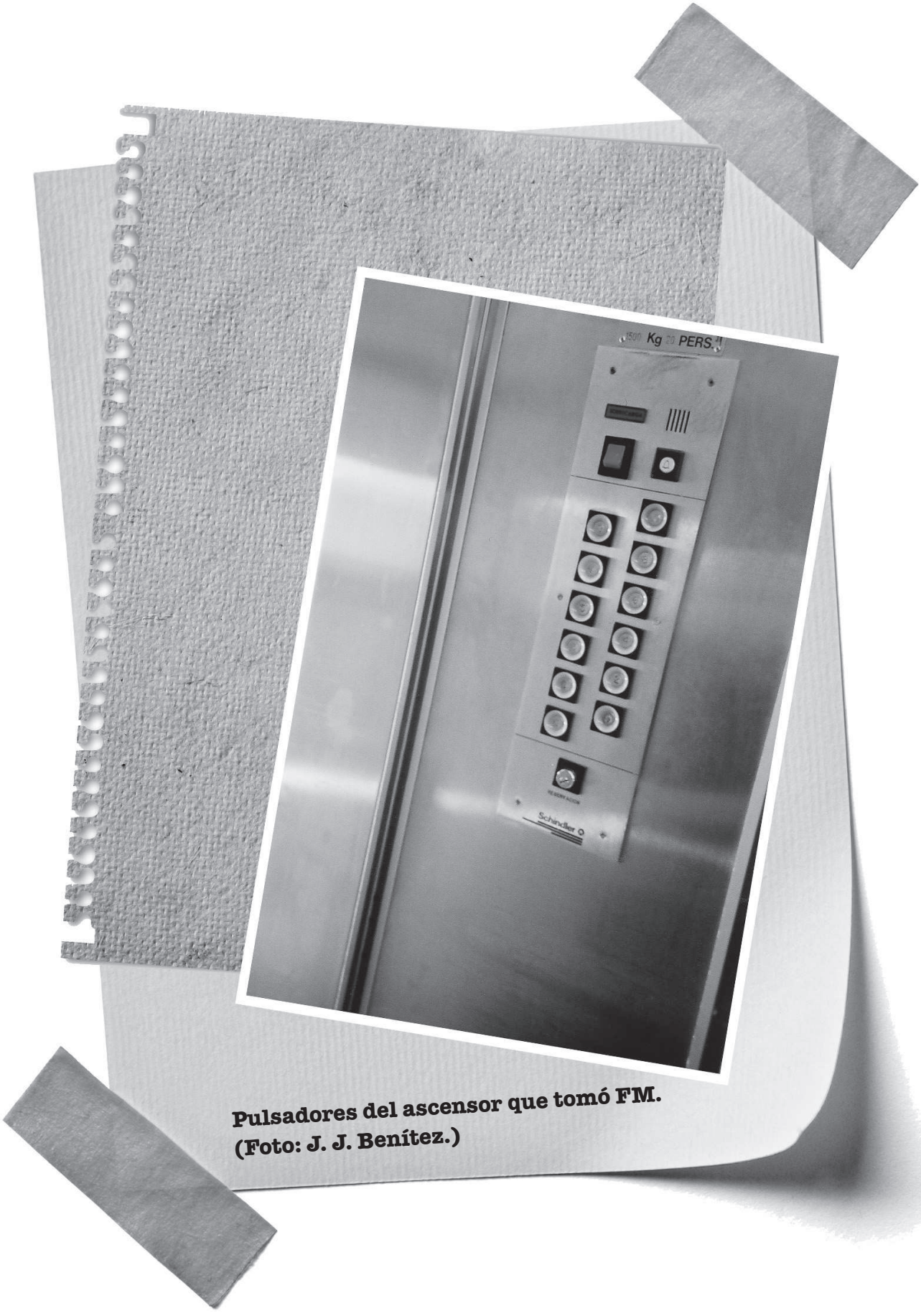
FM se hallaba en la primera planta.

—Caminé hasta el ascensor, comprobé que estaba activado y pulsé. «Alguien lo ha solicitado», pensé. Pero no...

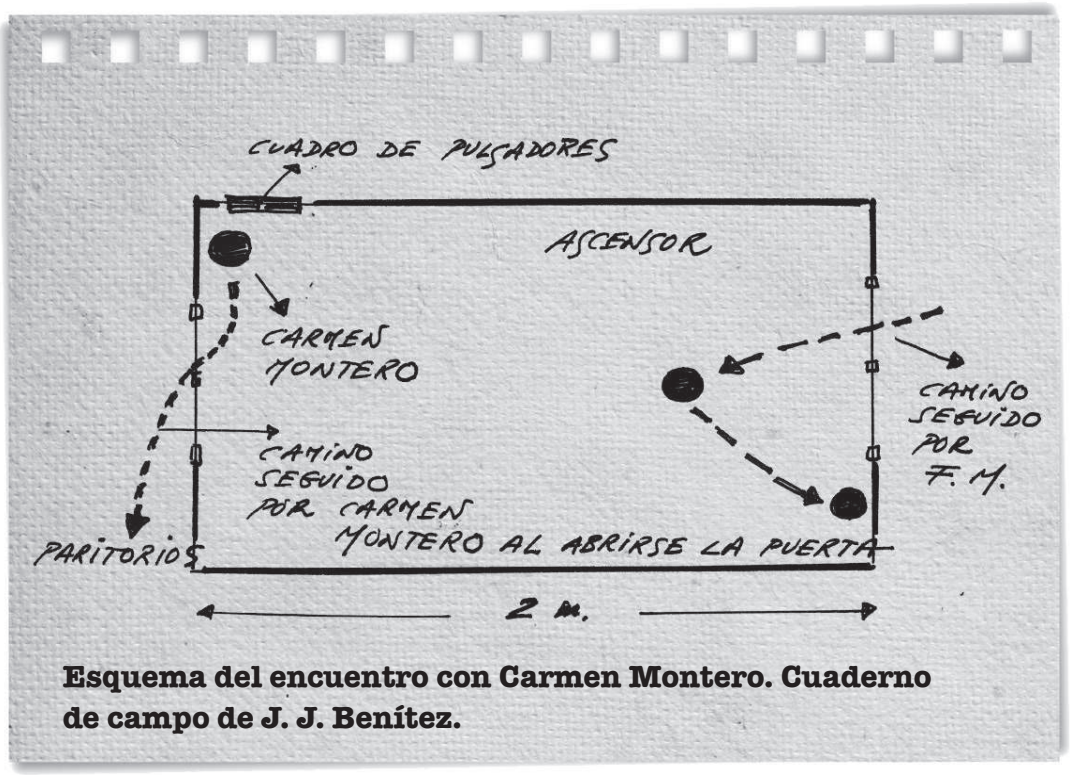
»Llegó procedente de abajo. No sé si del "cero" o del "-1"...

»Se abrieron las puertas y encontré a Carmen Montero, auxiliar de enfermería... Yo la conocía de años...

En el recuadro (a la derecha), Carmen Montero.



Pulsadores del ascensor que tomó FM. (Foto: J. J. Benítez.)



Esquema del encuentro con Carmen Montero. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

»Aparecía recostada en la zona de pulsadores...

»La saludé. Le di las buenas noches, pero no hubo respuesta... No dije nada. Me situé en la esquina opuesta y observé... Parecía cansada. Tenía la mirada fija en la pared. Estaba ausente... Vestía de blanco, sin la credencial.

»No tomé en cuenta la aparente falta de consideración. Era tarde. A esas horas, cada cual anda metido en sus pensamientos...

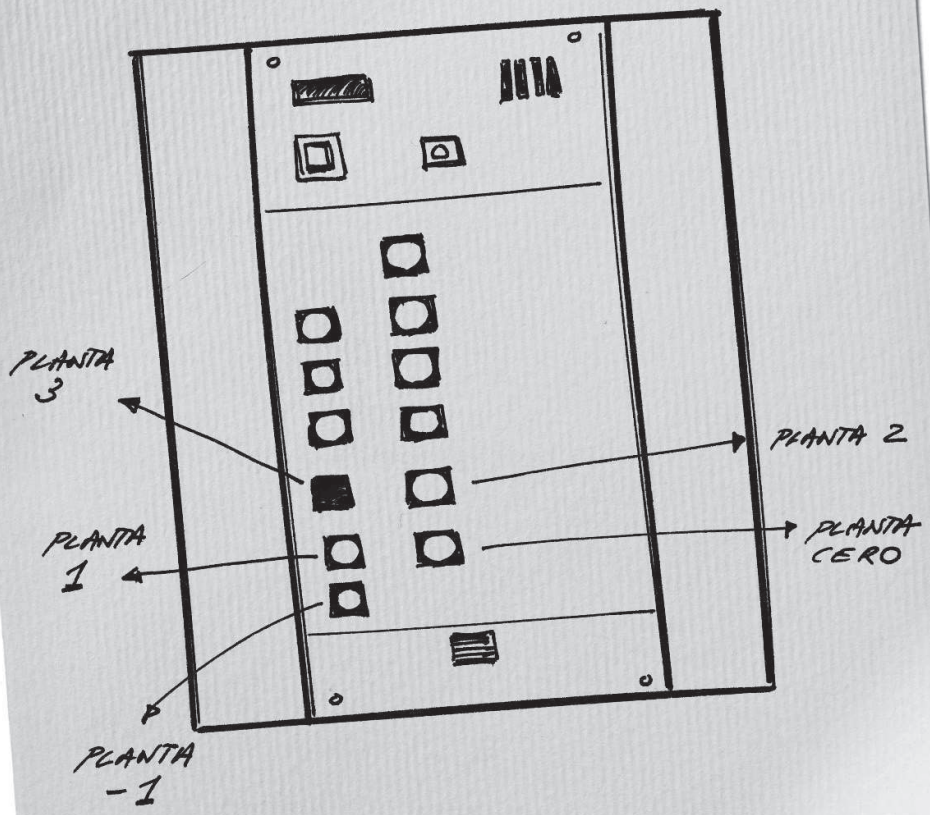
»Segundos después, las puertas se abrieron y Carmen caminó despacio... Salió del ascensor y dobló a la izquierda, en dirección a los paritorios... Todo normal... Allí trabajaba ella...

FM rectificó:

—Todo normal no... Al salir tampoco saludó...

El elevador se había detenido en la tercera planta (Maternidad).

FM regresó a su despacho y terminó comentando el encuentro con Carmen. Los compañeros quedaron desconcertados. Eso no podía ser. Carmen Montero del Pozo murió en marzo de 1989 en el hospital García Morato, en Sevilla, como consecuencia de un aneurisma de aorta. De eso hacía más de un año.



FM compartió el ascensor con la fallecida durante, al menos, 12 segundos. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Pero FM no estaba en un error. La «persona» que coincidió con él en el ascensor era Carmen. La descripción coincidía con lo que él y los compañeros sabían: rubia, alta, piel clara, ojos azules, fuerte, labios pintados (incluso cuando trabajaba)...

—Carmen era muy vitalista y extrovertida. Le encantaban

las bromas. Siempre estaba de buen humor... Por eso me extrañó que no saludara...

Indagué en el hospital y los datos eran correctos.

FM no supo de la muerte de Carmen Montero porque, como dije, al producirse el fallecimiento, él se encontraba ausente, en la ciudad de Granada. Cuando retornó al hospital de Valme nadie le habló del asunto. Para FM, por tanto, Carmen se hallaba viva cuando coincidió con ella en el elevador.

En opinión de FM, el ascensor podía proceder de la planta «-1». Allí están los vestuarios y el laboratorio. El supervisor pensó que Carmen bajó a la «-1» porque olvidó algo en el vestuario o porque llevó una muestra al laboratorio. Después, obviamente, tuvo que pulsar el botón de la tercera planta. Como se recordará, el elevador se detuvo en dicha planta, pero allí no esperaba nadie. El mecanismo, por tanto, tuvo que ser activado desde el interior del ascensor. En otras palabras: tuvo que ser la fallecida quien lo hiciera.

Según mis cálculos, el elevador necesitaba del orden de seis segundos para desplazarse de un piso a otro. Si la «mujer» (?) pulsó en la planta «-1», y la máquina se detuvo en la tercera, eso quiere decir que Carmen permaneció en el interior del elevador por espacio de 24 segundos, aproximadamente. FM, por su parte, compartió el habitáculo con la «fallecida» durante 12 segundos, más o menos.

Otras personas del hospital de Valme aseguran haber visto a la «rubia» en varios lugares del centro sanitario; en especial en la zona del montacargas. Pero ésa es otra historia...

¿De qué puedo asombrarme a estas alturas de la vida?

Aunque parezca mentira, de mucho...

Y esto fue lo que sucedió cuando escuché a Espe.

Habían transcurrido diez años desde las primeras pesquisas en el hospital sevillano de Valme.

Y el Destino movió los hilos...

Aquel 16 de febrero de 2013 me senté con Esperanza Crespo para hablar de otro asunto. ¿Casualidad? Lo dudo...[1]

Al poco, Espe se refirió a la desagradable experiencia vivida (o sufrida) en uno de los ascensores del hospital Virgen de Valme.

No podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

¿Otra vez la rubia del ascensor?

Espe relató lo ocurrido, y con detalle:

Sucedió en febrero de 1991. Yo era celadora...

Recuerdo que eran las tres de la madrugada...

Me hallaba en la puerta de Urgencias...

Era la única mujer celadora en aquel tiempo...

Y en eso llegó una embarazada...

Los compañeros pidieron que la llevara a Maternidad, y así lo hice...

La subí, creo recordar que a la cuarta planta, y la dejé en manos del personal sanitario...

1. La frase me suena... *(N. del a.)*

Y caminé de nuevo hacia el ascensor...

Pulsé y esperé. Estaba sola. Allí, a esas horas, no había nadie...

Llegó, se abrieron las puertas, y entré...

No había nadie en el ascensor...

Me dirigí a los botones y pulsé para bajar a Urgencias...

Y, en eso, entró alguien...

Era una enfermera...

Yo me retiré a la pared situada frente a los botones...

Fue en esos momentos cuando sentí aquel frío...

La enfermera se colocó en la otra pared, frente a mí...

Era alta y rubia...

El frío era intenso y muy raro. La calefacción estaba a tope. De hecho íbamos en manga corta...

No me gustó.

La enfermera me miró, cruzó los brazos sobre el pecho, y frotó las manos contra la chaquetilla, al tiempo que exclamaba:

—Qué frío hace, ¿no?...

Yo respondí:

—Sí...

Fue un «sí» seco y de mala gana. Algo me decía que la situación no era normal...

Espe aclaró:

Era la primera vez que veía a la enfermera. No la conocía de nada...

Llegamos finalmente a la planta «-1» (Urgencias) y las puertas se abrieron...

Yo salí como una bala...

La rubia salió detrás. Escuché los pasos...

Y me dirigí hacia Urgencias...

Entonces oí una voz en la cabeza que decía: «¡Vuélvete!»...

Y me volví...

¡La rubia ya no estaba! Era imposible. No podía haber desaparecido. Me volví en cuestión de segundos...

Estaba muerta de miedo...

Espe Crespo.
(Gentileza de la familia.)

Llegué a mi sitio y allí permanecí, en silencio y descompuesta...

No preguntes cómo pero yo sabía que aquella persona no estaba viva...

Concluida la exposición, Espe se brindó, encantada, a profundizar en los detalles.

Empezó por el vestuario de la enfermera:

—Vestía el uniforme del hospital: chaquetilla, pantalón y zuecos blancos.

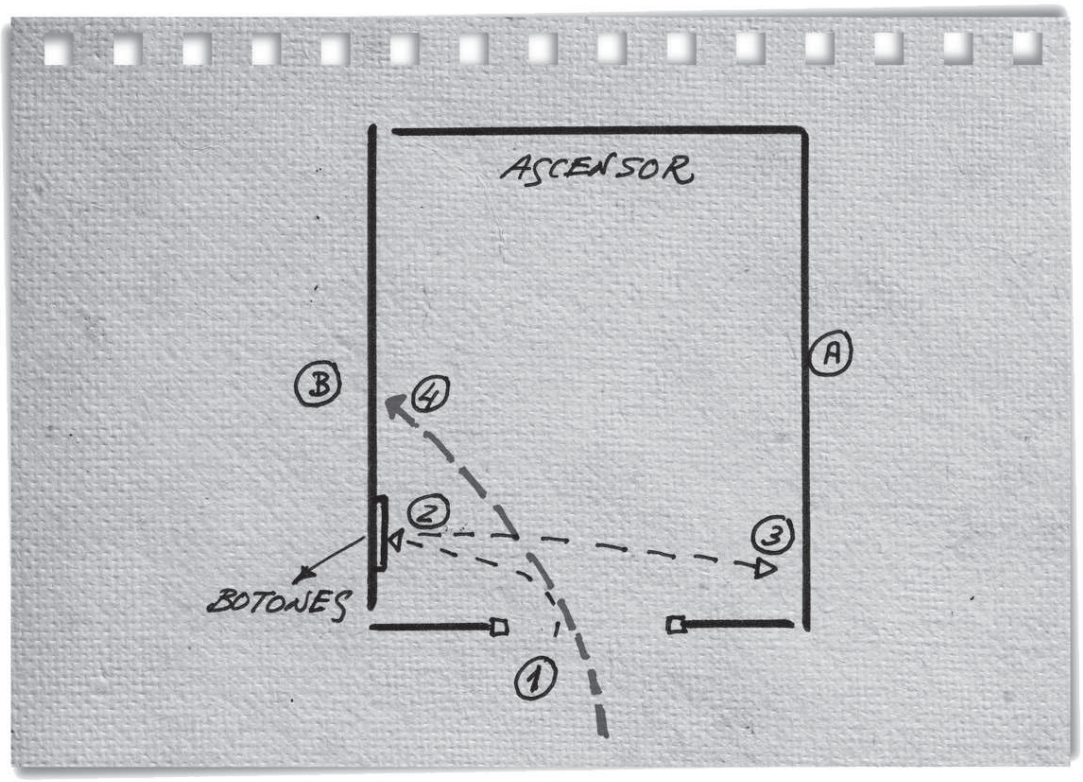
—¿Portaba alguna credencial?

—No.

—Descríbela...

—Era alta. Alcanzaba 1,80 metros, como poco. Piel blanca, como los nórdicos. Pelo rubio y fino. Ojos claros. Complexión fuerte. Atlética. El pelo le llegaba a los hombros. Tenía flequillo...

—¿Qué edad aparentaba?



1. Espe entra en el ascensor. 2. Se dirige al panel y pulsa el botón de Urgencias. En ese momento aparece la rubia y surge el frío. 3. Espe se coloca en la pared «A». 4. La rubia se sitúa frente a Espe, en la pared «B». Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

—Alrededor de treinta años.

Estuve casi seguro. Era la descripción hecha por FM, supervisor del Valme, que vio a Carmen Montero en el invierno de 1990, y también en un ascensor. Entre una aparición y otra transcurrieron varios meses. Carmen, como se recordará, falleció en marzo de 1989 en el García Morato, otro hospital de Sevilla.

Y pasé al capítulo del frío.

—Era febrero de 1991...

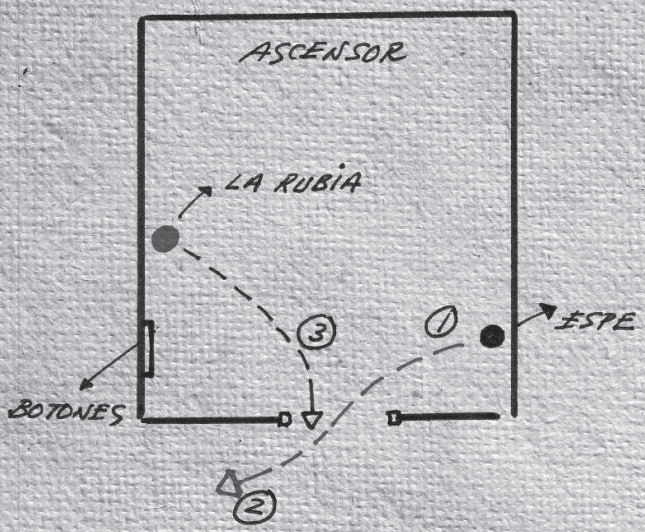
—Sí.

—Tú habías utilizado ese ascensor poco antes...

—Sí.

—¿Notaste frío al subir a la Maternidad?

—No. Como te dije, la calefacción, en el hospital, estaba alta. Hacía calor. Íbamos en manga corta.



1. Al llegar a Urgencias, las puertas se abren y Espe sale del ascensor a toda prisa. 2. La celadora se dirige a Urgencias. 3. La rubia abandona (?) el ascensor. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

—Tratemos de reconstruir lo sucedido, paso a paso...

Espe asintió.

—Se abren las puertas del elevador... Tú entras...

La muchacha asintió en silencio.

—... Y al entrar en el ascensor, ¿percibes el frío?

—No —replicó Espe con seguridad—. Al entrar todo fue normal. Pulsé y en ese momento apareció ella...

Espe meditó unos segundos y prosiguió:

—Fue al entrar la enfermera cuando se presentó el frío...

—¿Estás segura?

—Completamente.

—En otras palabras: el frío «llegó» con la rubia...

—Así es.

—¿Podrías describirlo?

—Era un frío intenso, de los que se te mete hasta los huesos.

—¿Parecido a qué?

—Quizá al frío de una cámara frigorífica...

—¿Temperatura?

—Por encima de cero porque las paredes del ascensor no estaban empañadas, ni desprendíamos vaho al hablar o al respirar.

—¿Cuánto duró el frío?

—El tiempo que permanecimos en el ascensor.

Eché cuentas.

Espe estuvo en el ascensor, con la rubia, durante 30 segundos, aproximadamente. Después, al salir, la temperatura era la normal en el hospital.

—Háblame de la enfermera...

—No me gustó, como dije.

—¿Te miraba?

—Sí, todo el rato.

—¿Cómo era la mirada?

—Fija... Como perdida. Yo estaba angustiada.

—¿Movió los labios al hablar?

—Sí.

Insistí e insistí:

—¿Por qué dices que la situación no te gustó? Tú no conocías a la enfermera...

—No sé explicarlo, pero no me gustó. Yo sabía que aquella persona estaba muerta...

—No entiendo...

Espe se encogió de hombros y resumió:

—Intuición.

—¿Os despedisteis al dejar el elevador?

—Para nada. Yo salí pitando...

—¿Por qué dices que desapareció?

—Porque no tiene otra explicación. Volví la cabeza en menos de tres segundos y ya no estaba. No pudo marchar hacia ninguna parte, salvo a Urgencias. A esas horas, todo estaba cerrado...

Ante mi asombro, Espe nunca supo de la experiencia de FM. Es ahora cuando ha tenido conocimiento de la identidad y de la suerte que corrió la rubia del ascensor. Por supuesto, FM tampoco supo de la dramática experiencia de Esperanza.

No será el del ascensor de Valme el único caso en el que surge el misterioso e interesante fenómeno del frío, acompañando a alguien que está muerto.

Recientemente me fue relatada una experiencia en la que el frío ocupa un lugar tan destacado como inexplicable.

Procederé a contarla de forma resumida.

El suceso fue protagonizado por un matrimonio de la ciudad de Cádiz (España).

Corría la madrugada del 19 al 20 de agosto de 2001.

Carmen y Antonio vivían en la calle Rosario Cepeda.

A eso de las cuatro, Antonio se levantó al baño. La mujer dormía a su lado.

Al salir del dormitorio sintió algo extraño.

No pudo dar un paso.

Estaba aterrorizado.

Alguien lo observaba por su lado derecho.

Antonio no se atrevió a mirar.

Todo se hallaba oscuro y en silencio.

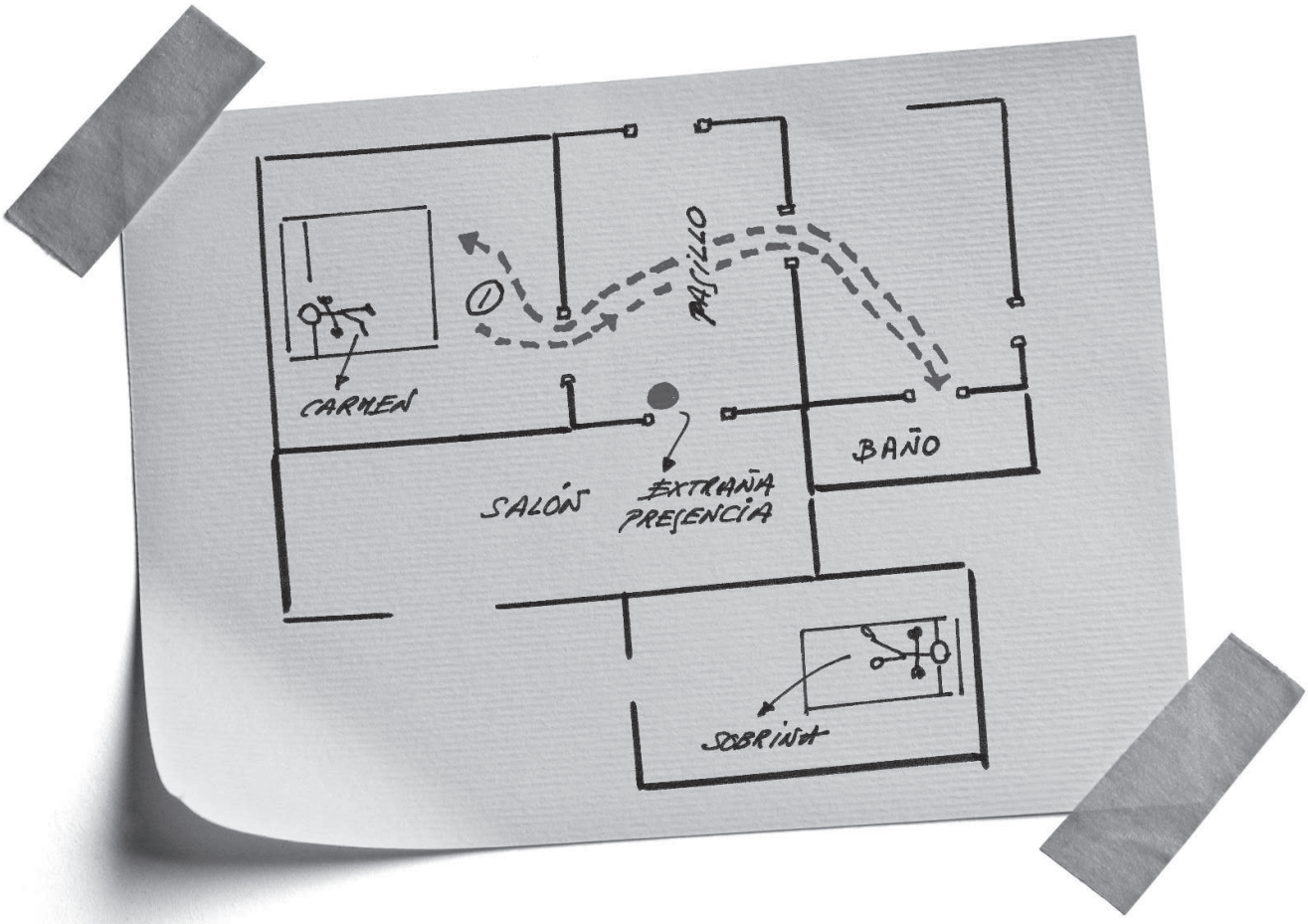
Finalmente, haciendo un gran esfuerzo, el hombre corrió hasta el cuarto de baño.

Al regresar al dormitorio la situación fue idéntica.

Antonio percibió de nuevo aquella presencia; en esta ocasión por su lado izquierdo.

Tampoco se atrevió a mirar.

Antonio entró en el dormitorio y fue entonces cuando sintió un frío intenso y especial.



1. Antonio decide ir al baño. Al salir del dormitorio nota una presencia a su derecha, cerca de la puerta del salón. Al regresar, la presencia continúa en el mismo lugar. Al entrar en el dormitorio siente un frío intenso. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Al meterse en la cama, la mujer comentó que sentía mucho frío.

Pero Antonio, prudentemente, guardó silencio.

Fue al día siguiente cuando el marido relató lo sucedido la noche anterior.

Y Carmen confesó que, de pronto, los pezones se le pusieron duros, experimentando dolor.

Una sobrina del matrimonio, que dormía en la misma vivienda, sintió también el frío intenso.

Fue un frío raro e impropio de esa época del año. Las temperaturas mínima y máxima de ese 20 de agosto, en Cádiz, alcanzaron 21 y 28 grados Celsius, respectivamente. Nada que ver con lo narrado.

Al entrar en el dormitorio, Antonio percibió el vaho de su propia respiración.

El edificio en el que tuvieron lugar los hechos fue construido, en 1960, en un solar en el que se registraron numerosos fusilamientos y en el que, anteriormente, se alzó la Casa de Expósitos Santa María del Mar o Casa Cuna de Cádiz,[1] derribada en los primeros años del siglo XX.

1. Según estudios de Julio Pérez Serrano, la mortandad en la Casa Cuna de Cádiz fue muy notable. Según menciona en *La Casa de Expósitos de Cádiz en la primera mitad del siglo XIX*, el 70 por ciento de los infantes allí acogidos no logró sobrevivir. Esto supuso una media de 375 niños fallecidos al año. Los datos existentes en el siglo XVIII son escalofriantes. Entre 1785 y 1789, la Casa Cuna recibió 2.067 niños. De éstos, perecieron 1.442. *(N. del a.)*

El caso de Renato Martin me ha hecho pensar, y mucho. Conocí a este joven empresario en la ciudad de Lima. Tuvo una singular experiencia con «resucitados» en 2003. He aquí una síntesis de nuestra conversación:

Mi padre se llamaba Juan Manuel Martin Chávez...

Era médico cirujano...

Tenía una hacienda en la sierra de Trujillo, al norte...

Se llamaba y se llama San Felipe, a 3.200 metros de altitud...

Allí pasaba muchas y largas temporadas. Él trabajó en Lima, como médico, pero su gran amor era la tierra...

Acudía a San Felipe cada vez que tenía oportunidad y allí permanecía meses...

El 23 de septiembre de 2003 falleció súbitamente. Sufrió un paro cardíaco. Murió en brazos de mi hermano. Yo estaba ausente. Llegué al poco a la casa...

Tenía setenta y ocho años de edad...

Yo estaba muy unido a él...

Y lo incineramos el día 25...

Al mes siguiente trasladamos las cenizas a la hacienda, en la sierra de Trujillo...

Llegamos a San Felipe el 22 de octubre...

El 23 se ofició una misa...

El 24, mi madre y mi hermano regresaron a Lima. Yo me quedé para depositar las cenizas en la hacienda...

Renato Martin con su padre. (Gentileza de la familia.)

Y esa noche del 24 de octubre de 2003, tras cenar, permanecí un rato con el hombre que cuida del lugar. Hablamos sobre mi padre...

La charla se prolongó hasta las nueve y media o diez de la noche...

Ya oscurecido, me retiré a mi habitación...

Y lo dispuse todo para descansar...

Cerré la puerta con llave y preparé tres velas y dos lamparines, a queroseno...

Renato aclaró:

En la hacienda no había luz. Nos alumbrábamos con candiles...

Los deposité sobre un mueble, al pie de la ventana, y me acosté...

La ventana dispone de rejas y de contraventanas...

Los muros, de adobe, ayudan a combatir las bajas temperaturas de la sierra...

En esa época del año, hacia las diez de la noche, puede oscilar alrededor de los 10 grados Celsius...

Y, de pronto, cuando me hallaba en la cama, empecé a notar aquel frío...

Era muy intenso. Se metía en los huesos...

No lo entendí. Me había acostado vestido...

Llevaba medias de lana, pantalón, camiseta, jersey, casaca acolchada y un poncho...

Y terminé echándome por encima todo lo que tenía a mano...

Pero no remitió. Al contrario...

Empecé a frotar las piernas, pero el frío no desaparecía...

Era más intenso que el de una cámara frigorífica. Puedo calcular unos 10 grados bajo cero...

Nunca he sentido un frío como aquél...

Estaba despierto y perfectamente consciente...

Era un frío muy raro, sí; sólo lo sentía en las piernas...

No tuve miedo. ¿Por qué iba a tenerlo? Todo estaba cerrado...

Recuerdo que miraba hacia la ventana...

Las velas y los lamparines continuaban encendidos...

Entonces escuché pasos...

Sentí el roce de unas zapatillas sobre la madera del piso...

¡Era el típico caminar de mi padre!...

Lo reconocí al instante...

¡Pero mi padre había muerto un mes antes!...

Y pensé a toda velocidad: la puerta estaba cerrada con llave, y por dentro. Nadie podía entrar por la ventana...

No oía el crujir de la madera, pero sí el roce del talón...

Como te digo, mi padre caminaba así...

Quise voltear pero no pude. Me hallaba paralizado...

Lo intenté varias veces. Imposible. Algo me lo impedía...

Yo sabía que mi padre se estaba acercando a la cama...

Y sentí cómo se hundía el colchón...

Mi padre tenía una forma muy peculiar de apoyarse en la cama. Colocaba las rodillas sobre el colchón y así permanecía, de pie, junto a la cama...

Terminé de escuchar los pasos —ocho o diez— y percibí cómo se hundía el colchón...

Estaba muy cerca; quizá a veinte centímetros de mi cuerpo...

Traté de dar la vuelta, pero no lo conseguí...

El frío continuaba, pero no le presté atención...

Fue todo muy rápido...

De pronto oí su voz: «¡Chachito!»...

Así me llamaban en la casa...

Fue una exclamación de sorpresa, como si se hubiera sorprendido al verme...

Y yo respondí: «¡Ay, papito, no sabes cuánto te extraño!»...

En eso, noté cómo se separaba de la cama...

Y escuché nuevamente los pasos, alejándose...

Entonces sí pude voltear y lo vi de espaldas...

De la cintura para arriba era un cuerpo normal (?). Llevaba una camisa afranelada, a cuadros azules y desgastados. El pantalón era de tipo corduroy, a rayas...

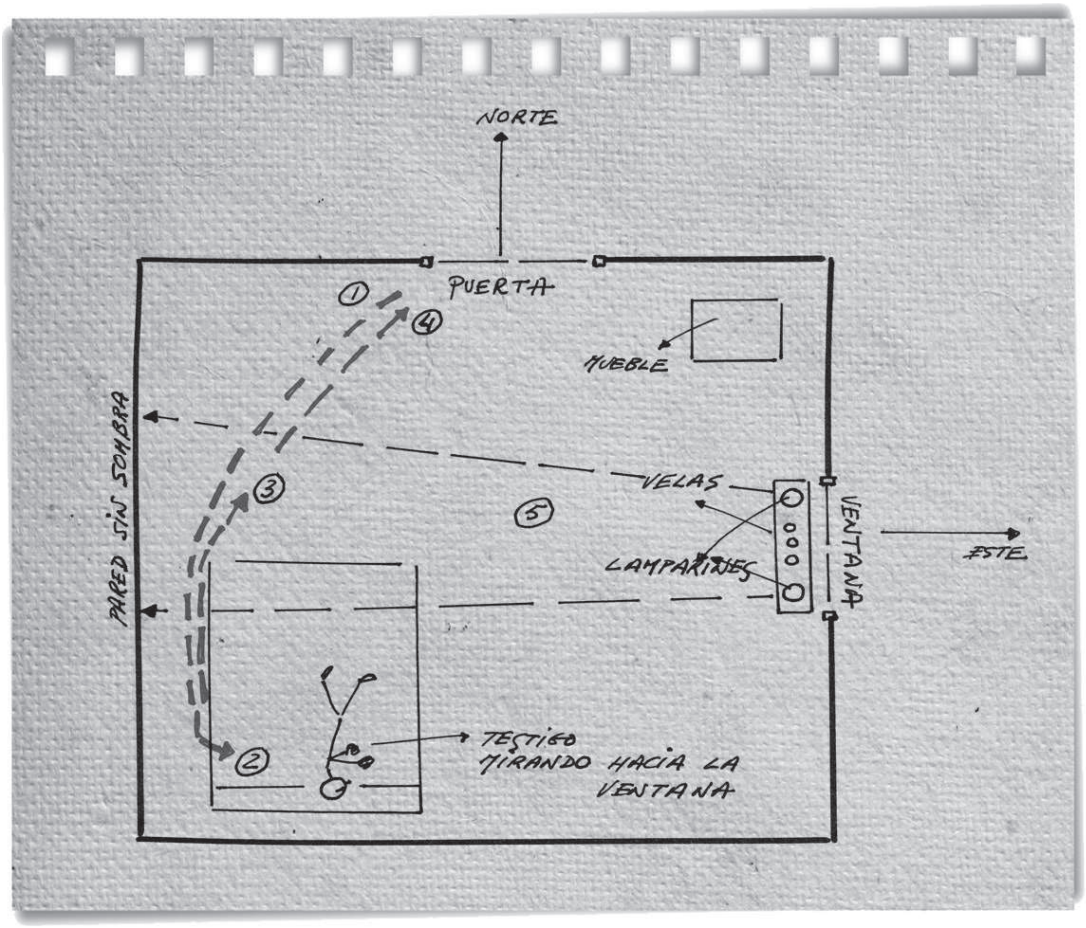
Las piernas eran transparentes...

No vi los pies...

El cabello era el suyo, castaño...

Y al llegar a la puerta se esfumó. Desapareció...

Hacienda de San Felipe. La flecha señala la habitación en la que se registró la presencia de Juan Manuel Martin, fallecido un mes antes. (Gentileza de la familia.)



Hacienda de San Felipe. 1. Renato escucha los pasos. 2. El padre se apoya en la cama, con las rodillas. El testigo no puede voltear. 3. Renato escucha los pasos, que se alejan hacia la puerta. 4. El testigo consigue moverse y ve al padre, de espaldas. Éste desaparece junto a la puerta. 5. El «resucitado» no da sombra. Cuaderno de campo de J. J. Benítez.

Me levanté, salí al exterior, lo revisé todo. Nada. Allí no había nadie...

—¿Y el frío?

—Desapareció igualmente.

—¿Qué temperatura se registraba en el exterior?

—Lo dicho: unos 10 grados Celsius.

—¿Qué hiciste?

—Regresé al cuarto e intenté pensar. Quizá mi padre vino a despedirse. En vida no pudo hacerlo...

—¿Por qué sabes que era tu padre?

—Por la forma de caminar. Era inconfundible. También por la voz. Era su voz, pero cuando estaba sano. Y por la manera de apoyarse en la cama... ¡Era él! Ése fue mi sentimiento.

—¿Daba sombra en la pared?

Renato trató de recordar.

—Ahora que lo dices, no. Y debería de haberla dado. Allí seguían las velas y los dos lamparines. La sombra, incluso, tendría que haber sido enorme...

—¿Se produjo agitación en las llamas de las velas?

—No lo recuerdo.

—Cuando pudiste dar la vuelta, ¿a qué distancia se hallaba la figura de la cama?

—Acababa de rebasarla. Podría estar a cuatro o cinco pasos del lateral en el que apoyó las rodillas.

—¿Tuviste miedo?

—No, en ningún momento.

—Háblame del frío...

—No sé explicarlo. Al marcharse mi padre desapareció. Era muy intenso, y sólo lo sentía de las ingles hacia los pies.[1]

—Dices que oías el roce de las zapatillas, pero no el crujir de la madera...

—Sí, y me extrañó.

—¿Por qué?

—Mi padre pesaba en vida unos ochenta kilos. La madera del piso era vieja. Siempre cruje al pasar. La casa fue construida en 1920. Todas las maderas crujen.

—Dices que tu padre le tenía mucho cariño a esa hacienda.

—Sí, él nació allí. Iba a San Felipe siempre que podía.

1. Días antes de celebrar esta conversación con Renato Martin, en Lima, recibí una comunicación de María Adela Martínez Palencia, de la localidad de Tobarra, en Albacete (España), en la que, entre otras cuestiones, daba una posible explicación al frío que acompaña a los «resucitados». Según las leyes de la termodinámica, el muerto no transmite frío. Lo que hace es absorber calor. Con ello, quizá, consigue materializarse (?).